

la
novela

frivola

Cinematografica



N.º **La condesita Mimi**

13

POR

Carmen Boni

30
ct.



LAND, Robert

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 13

*Prinzessin Olala, 1928 (Alemania)

La condesita Mimí

Comedia de delicioso asunto y sugestiva presentación

Interpretada por Carmen Boni

y Hans Albers, Georg Alexander,
Marlene DIETRICH, Ila Meery

EXCLUSIVA DEL

Programa Arajol

Aragón, 225

Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: JOSEPHINE DUNN

*Screen "Serie" Germany. 9.5.169

Prohibida la
reproducción

Revisado por
la censura

Prinzessin Olala, 1928
La condesita Mimi

Argumento de la película

I

El príncipe Kowaly paseaba con su secretario por la galería de retratos.

—He aquí a mi abuelo—le dijo, deteniéndose ante uno de los cuadros—. Tuvo quince hijos.

Y, pasando al retrato contiguo, añadió:

—Y este es mi padre, que dió a su apellido diez y ocho vástagos.

De pronto, llegó a la sala el canto de un violín. Era el príncipe Boris. La melodía estaba muy bien interpretada y era muy bella, pero el príncipe Kowaly sonrió tristemente.

—En cambio—se lamentó cogiendo del brazo al secretario—, ahí tenéis a mi hijo Boris. Sólo se preocupa del arte y del estudio. Dudo que llegue a imitar los ejemplos de sus gloriosos antepasados.

El secretario se permitió sonreír.

—Alteza, aun es tiempo de llamar a su corazón y hacer que responda. El príncipe Boris está en la flor de la juventud. El momento es muy oportuno para hacerle cambiar de aficiones.



Era el príncipe Boris.

—Todo lo tengo previsto. Sepa usted que he decidido enviarle a Viena.

—¿Con quién, Alteza?

—Con usted... que lo está deseando.

El príncipe había dado en la llaga. El secre-

tario era un buen secretario, pero se superaba como hombre de mundo. Un viaje a Viena en aquellas condiciones—que no conocía, pero que adivinaba—no podía menos de seducirle.

—Vamos a ver a mi hijo.

Se dirigieron a las habitaciones del príncipe Boris.

El secretario anunció al príncipe Kowaly y se retiró.

El muchacho seguía tocando el violín cuando le interrumpieron.

Al ver entrar a su padre dejó de tocar y se inclinó con reverencia.

El padre había avanzado hasta él.

Le miraba fijamente.

Después su vista pasó al atril que sustentaba los papeles de música.

—Boris—dijo al fin—. Vas a cumplir veinticinco años, y es tradicional en nuestra familia no pasar de esa edad sin estar casado.

El príncipe Boris no sabía dónde mirar. Le horrorizaba el matrimonio. Se había pasado la vida entregado a sus libros, a su violín, a sus objetos de arte y el amor era para él algo temible y desconocido. El príncipe Boris, digámoslo de una vez, era un muchacho profundamente tímido.

El padre añadió:

—Te he encontrado una esposa digna de ti... Mi amigo, el barón de Tersen, residente en Viena, tiene una hija llamada Mimí. Es muy linda. Estoy seguro de que te gustará.

* * *

Dejando a su hijo desconcertado y absorto, el príncipe Kowaly se dirigió a su biblioteca, donde escribió dos cartas.

Una era para Mimí, la elegida como esposa del príncipe Boris y terminaba así:

"Vuestro padre sueña con esta unión. Por mi parte, querida Mimí, me consideraré muy honrado al mezclar a mi apellido el de la más linda y gentil de la condesitas.

Os saluda afectuosamente

El príncipe Kowaly."

La otra carta era para Lulú Maroff, célebre en toda Viena, y decía así:

"Admirada señora Maroff:

Vuestra fama ha llegado hasta mí y, aun sin conoceros, me siento atraído por vuestros encantos. No puedo ir a rendiros el debido homenaje, pero os envío a mi hijo, el príncipe Boris. Desearía de vos, señora, que, además de recibir por mediación de él la expresión de mi reverencia, le enseñárais a ser lo que debe ser un joven de sus años, pues sucede que ignora las cosas del mundo y del amor y desearía que se iniciara en ellas. Perdonad la franqueza con que os hablo, pero estoy seguro de que una dama tan inteligente como vos comprenderá los afanes de un padre que desea perpetuar su apellido.

Y nada más, bella señora.

No dudéis de que os corresponderá dignamente este padre que envidia a su hijo,

El príncipe Kowaly."

Escritas las dos cartas, el príncipe llamó a su secretario.

—Leed esas dos cartas y haced que salgan esta misma noche.

Quedó a solas el secretario en el despacho. Al leer las misivas, el júbilo se reflejó en su semblante. Sospechaba que su viaje a Viena tendría un delicioso tono galante, pero no pudo pensar en que el mismo príncipe les preparara tan bien el terreno.

¡Magnífico!

Allí estaban los dos sobres. ¡Vaya si saldrían las cartas aquella misma noche! Y en aeroplano si era posible.

Pero he aquí que algo le distrajo cuando estaba doblando los pliegos.

Por el jardín pasaba la nueva y encantadora doncellita, su última debilidad.

Quedó embobado en la contemplación del marchoso cuerpecillo y, como la ventana estaba abierta, la llamó:

Ella se detuvo y le sonrió con coquetería.

Y entre ambos se entabló un diálogo de sonrisas y ademanos.

En otras circunstancias, el secretario hubiera dejado el trabajo y habría salido al jardín; pero era preciso que las cartas salieran en seguida y continuó la tarea de introducir las en sus respectivos sobres.

¿Respectivos?

Eso ya se verá después. Flirteando es imposible hacer nada a derechas.

II

Lejos, en Viena, se hallaba la condesita Mimí haciendo de juez en un partido de tennis, cuando recibió la carta del príncipe.

La condesita era una joven morena y por todos conceptos encantadora. Ahora acomodada en el alto sillón que semejaba la torre de un vigía, al descubierto las piernas que, debido a la altura, quedaban más al descubierto aún, fijos los grandes ojos en las incidencias del juego, estaba verdaderamente tentadora.

Fué Isabel, su inseparable y fraternal amiga, una rubia que también era como para perder la cabeza con sombrero y todo, quien le llevó la carta que para ella se acababa de recibir.

Mimí, al ver en el sobre el membrete principesco, lo desgarró afanosamente y comenzó a leer la carta.

En seguida se detuvo llena de extrañeza.

Lo primero que leyó fué el nombre de la señora Maroff, la mujer que toda Viena conocía por el nombre de "Princesa Oh la la".

¿Qué tendría ella que ver con la famosa cocot?

La curiosidad pudo más que el asombro y leyó toda la carta, aquella carta en que se suplicaba a la señora Maroff, con mucha diplomacia, iniciara al príncipe Boris en las cosas del amor y de la vida. Su padre le había hablado muchas veces del príncipe Boris y de la alianza de su apellido con el de ella, es decir, de su matrimonio.

Bajó de un salto de su alto sillón y entregó la carta a Isabel.

—Es indudable que se trata de una equivocación. La "Princesa Oh la la" habrá recibido otra carta dirigida a mí aunque en el sobre figure su nombre, así como figura el mío en éste. Pero el error ha sido provechoso para mí, pues me he enterado de que quieren colocarme por marido a un pánfilo al que voy a enviar a paseo tan pronto como le eche la vista encima.

Pero Isabel, después de leer la carta, le mostró un retrato del Príncipe Boris, el cual reproducía una revista vienesa, y la condecita Mimí cambió en el acto de opinión.

—Realmente, un muchacho tan guapo no merece que se le mande a paseo.

—Y ¿qué vas a hacer?

—No sé, Isabel. Pero puedo anticiparte que no dejaré escapar al príncipe y, mucho menos, que me lo pervierta una mujer de la calidad de la "Princesa Oh la la".

* * *

Se hallaba la deliciosa "Princesa" en su nido de amor, en su columpio de cordones de seda, entre cojines y figulinas, medio enfundada en un primoroso déshabillé que dejaba ver la fascinación de sus piernas incomparables, cuando se presentó la doncella a anunciarle una visita inesperada.

—La condesita Mimí.

Cerró el kimono por abajo y procuró subir el escote y fué a recibir a la aristocrática visitante.

Mimí le ofreció la mano. Ella la estrechó con cierta timidez.

—He venido a traerle esta carta que, sin duda, debe substituir a otra que habrá usted recibido.

Al leer la carta, recordó la olvidadiza "Princesa" que, en efecto, tenía en su buró otra que pertenecía a la condesita.

Leyó Mimí la carta y se cercioró de lo que suponía, esto es, de que el príncipe Boris iba a Viena para hacerle el amor y preparar el matrimonio.

La "Princesa" esperaba en pie a que la visitante se marchara. En modo alguno se habría atrevido a ofrecerle asiento en aquel nido cuyo ambiente manchaba la pureza de la condesita.

Sin embargo, ésta no se decidía a marchar. Parecía querer decirle algo. Creyó, al fin, comprender.

—¿Acaso ama usted al príncipe? ¿La enojaría que atendiera la demanda de su padre?

—¡Oh no!—mintió la condesita, riendo forzadamente—. Ni siquiera le conozco. Todo esto me parece muy divertido. Precisamente por eso desearía pedirle a usted un favor.

—Usted dirá.

Y entonces sí que hizo sentar a Mimí, ocupando ella su columpio, refinado "mueble" del que no tenía noticia la condesa.

—El príncipe Boris—dijo Mimí—llegará de un momento a otro. Permítame ocupar su puesto, interpretar durante unas horas el papel de "Princesa Oh la la". Así conoceré al príncipe tal como es y no tal como usted lo haga.

Y, para reforzar su petición, llenó un cheque que entregó a la "Princesa".

Esta se dejó al punto convencer y se estaba guardando el cheque, cuando la doncella entró a anunciarle una visita que debía interesarle mucho, pues corrió a recibirla sin ni siquiera pedir permiso a la condesa.

Era Federico Karlo, el amor de la célebre "Princesa", el que le impedía tener ahorrado un solo céntimo.

Estaba contemplando en el espejo su elegante figura cuando su adorada le llamó con un diminutivo cariñoso al mismo tiempo que sacaba del pecho el cheque y se lo mostraba.

Atraído, por el papel, Federico Karlo se acercó, pero ella no le entregó el cheque hasta que hubo recibido por anticipado la compensación de un beso.

Cuando el *amante de corazón* vió que aquel papel representaba diez mil coronas, se deshizo en palabras cariñosas para con su amiguita.

—¡Bah, qué importa el cheque! — exclamó mientras se lo guardaba en el bolsillo—, lo que importa es que me quieras.

Lulú le explicó en dos palabras lo que ocurría y terminó diciéndole:

—Dispónlo todo para ese viaje que tantas ganas tenías de hacer. Nos veremos esta noche.

Sonó otra vez el timbre y apareció a poco la doncella con un magnífico cesto de flores.

—Esto mandan para la señorita.

—Eso es que el príncipe ha llegado y me anuncia su visita.

Tomó la tarjeta que había entre las flores y leyó, en efecto:

PRINCIPE BORIS

De sus manos pasó a las de Federico y éste se la guardó en la cartera al mismo tiempo que decía:

—Una tarjeta de un príncipe siempre es conveniente guardarla.

* * *

Volvió la "Princesa" al lado de la condesita.

—Acaba de enviar un ramo de flores—dijo—. Seguramente vendrá hoy mismo.

—¡Oh, qué contratiempo!

—¿Por qué, condesa?

—Verá usted... pues yo...—balbuceó Mimí—desearía que... vamos que me diera alguna lección de coquetería.

La "Princesa" se echó a reír. Indudablemente había nacido para maestra.

—Hay tiempo de sobra. El príncipe no vendrá hasta la noche, acaso hasta mañana. Las visitas se anuncian con cierta anticipación. Una puede tener sus compromisos...

—Entonces estoy salvada. ¿Cuándo comenzaremos?

—Ahora mismo.

Y Lulú la hizo sentarse en la chaise-longue de un modo indolente.

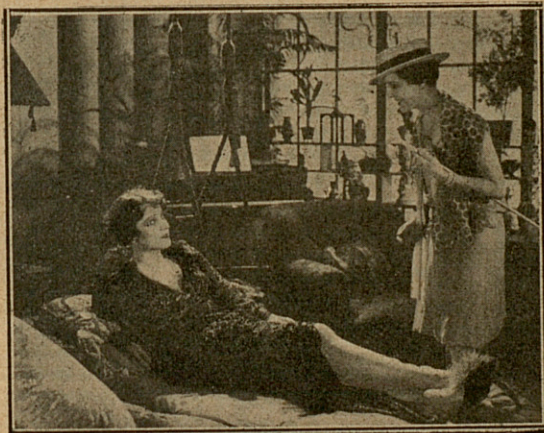
—Ya es usted Lulú Marloff—le dijo—. Yo soy el príncipe Boris. A ver cómo me recibe.

Y poniéndose un sombrero masculino y empuñando un bastón, se acercó a Mimí.

Esta, que teóricamente conocía todos los secretos del flirt por haberlo leído en las novelas, no estuvo mal del todo.

Lo primero que hizo, apenas el *galán* se sentó, fué ofrecerle un cigarrillo, tomando ella otro y ya lo iba a encender cuando la interrumpió Lulú.

—¿Pero qué hace usted? No, querida condesa, no... Lo mejor será que haga usted el papel del príncipe y yo el mío. Fíjese usted bien en todos los detalles.



Y Mimí puso los cinco sentidos en la lección.

Y Mimí puso los cinco sentidos en la lección.

Lulú estaba en la *chaise-longue* acostada más que sentada y con el kimono abierto de modo que se veía el final de la alta media. Sus ojos miraban con una especie de fatiga y toda ella respiraba indiferencia.

Cogió la plateada cajita, extrajo dos cigarri-

llos, encendió uno de ellos y, húmedo aún de sus labios, lo entregó al *adorador*.

Después comenzó a dirigirle miradas oblicuas y a hacer contorsiones como si estuviera danzando. Finalmente se levantó y acercó su cuerpo al de él, y le estrechó una mano y...

—Me parece demasiado, señora — exclamó Mimí.



...y, húmedo aún de sus labios...

Lulú se echó a reír.

—Eso no es nada comparado con lo que tendrá usted que hacer para animar al príncipe. ¿No comprende que es un hombre tímido?

—Bien, bien, siendo así...

Y continuaron durante una hora las lecciones.

III

En efecto, no fué aquel día el príncipe Boris. El secretario, para ir dándole ánimos, le llevó aquella noche a un cabaret, donde el príncipe perdió el dominio de sus facultades a la segunda copa, en tanto su acompañante perdía el dominio de las suyas a la segunda mujer guapa que se echaba a los ojos.

Al día siguiente, cuando ya Mimí lo tenía todo dispuesto y su inseparable Isabel se había vestido de doncella, para no dejar a su amiga sola en el peligro, llegaron al pie del ascensor, el príncipe y el secretario.

—Hasta aquí—dijo éste—os he acompañado, Alteza, pero de aquí no debo pasar, porque, en vez de ayudarlos, os molestaría.

Y le entregó el ramo de flores que acababa de comprar.

—¿No os parece que debíamos dejarlo para mañana?—suplicó el príncipe.

—¿A qué perder tiempo? ¡Vamos, Alteza, tened valor!... ¡Ah! Y no olvidéis una cosa muy importante. Si ella os coge una mano, dadle un beso.

Y cuando el ascensor comenzó a subir, salió a la calle.

El príncipe tuvo una idea repentina.

—Haga usted bajar el ascensor. Se me ha olvidado una cosa.

Y, cuando estuvo bajo, entregó el ramo de flores a la portera, la cual quedó muy asombra-

da al ver que un joven tan elegante la obsequiaba con flores, y se marchó a la calle muy decidido.

Pero el secretario, que vigilaba la puerta por lo que pudiera ocurrir, le cogió del brazo, lo hizo entrar, quitó el ramo a la portera y se introdujo con el príncipe en el ascensor.

Salió a abrirles Isabel.

El príncipe miraba a un lado y a otro con tanto terror como si estuviese en una guarida de leones. El secretario sólo tenía ojos para la linda Isabel.

Cuando ésta hizo pasar al príncipe al nido de amor, preguntó al secretario:

—¿Pasa usted también?

—No, yo me quedo aquí. Prefiero hacerle compañía.

* * *

Mimí esperaba al príncipe en la actitud indolente que Lulú le había enseñado, pero sin enseñar lo que ella enseñaba.

Boris se acercó paso a paso. Se atrevió a coger la mano que ella le tendía y a besarla sin apenas rozar la fina piel con los labios.

Le entregó el ramo de flores, se sentó junto a la falsa Lulú y entre ambos se entabló un diálogo que dejaba mucho que desear.

—¡Qué hermoso día!

—Es verdad: un día espléndido.

Pausa.

—En vuestro país, ¿hace buen tiempo también?

—También.

Pausa.

—¡Qué lindas flores!

—Preciosas... Digo, no... lo mejor que he encontrado.

Plancha.

* * *

En el vestíbulo, en cambio, la conversación entre el secretario e Isabel era mucho más animada.



—¡Es usted muy atrevido!

—¡Quietas las manos!

—¡Vamos, tonta, ven aquí!

—¡Es usted muy atrevido!

—¡Qué tontería! Tú mereces eso y mucho más...
Etcétera, etcétera.

* * *

Sonó el timbre.

Isabel se sobresaltó.

—¿Quién es?—preguntó el secretario, que sabía lo expuestas que están ciertas casas a inopinadas visitas.

—Vaya usted a saber—exclamó la doncella.

Y no mentía. ¿Cómo iba ella a saber quién podía llamar a aquella puerta que había abierto por primera vez para dar paso al príncipe?

—¿Debo esconderme?

—¿Para qué? — pero rectificó en seguida—. Sí, sí, ocúltese usted. Puede ser...

—El... sí, sí, comprendido.

—¡Claro!—exclamó Isabel, que no comprendía nada.

—¿Dónde me oculto?

—Aquí.

Y le hizo pasar a una habitación contigua al *nido de amor*.

Fué a abrir la puerta.

Era un caballero de cierta edad y trajeado un tanto grotescamente. Parecía judío.

—¿La señora?—preguntó.

—La señora no está en casa.

—¿Qué dice usted?

—Que no está la señora.

—¿Eh?

—¡Que no está la señora!

—Soy un poco sordo y no oigo bien.

Sacó del bolsillo una trompetilla, se la aplicó al oído y se hizo repetir la respuesta.

Entonces replicó:

—Si no es más que eso, esperaré. No tengo prisa alguna.

Y se dirigió hacia la sala de espera, como Pedro por su casa.

Volvió Isabel al lado del secretario, llamada por éste, que la espiaba desde la puerta de su escondite, pero inmediatamente fué interrumpido el flirt por una nueva llamada.

Esta vez era un hombre recio y ordinario, de rostro enérgico y un tanto inquietante.

—La señora no está en casa.

—No importa.

Y se introdujo.

—Le he dicho que la señora no está en casa.

—Bueno, bueno — dijo el visitante dándole unos golpecitos en la cara como si le perdonara la vida—. Vaya a sus obligaciones.

—Haga usted el favor.

—¡Ea! ¡basta! Si no fuera usted nueva en la casa, sabría que yo puedo entrar aquí cuando quiera.

Y dió media vuelta y se dirigió a la sala de espera. Al ver allí al sordo, pensó: "Sin duda alguien que viene a cobrar una factura. ¡Todo sea por Dios!" Y dió un bostezo y resolvió esperar a Lulú durmiendo.

Por tercera vez fué interrumpido el flirt de Isabelita.

Ahora fué un indio, con su turbante y su mirada fascinadora.

Isabelita lo condujo a otra sala de espera.

Y esta vez pudo coquetear largamente con el secretario.

IV

Entretanto, la conversación entre el príncipe y Mimí no se animaba por nada del mundo.

La condesita, envalentonada al fin por la excesiva cortedad de Boris y deseando poner término a aquella situación enojosa, que ciertamente no lo hubiera sido de no gustarle el príncipe cada vez más, resolvió extremar la nota incitante.

—Déme usted un cigarro ya que no me da conversación.

El príncipe le ofreció la cajita. Ella tomó dos cigarrillos y encendió uno para Boris, pero él lo rechazó.

—No fumo. Gracias.

Mimí rió mundanamente.

—Su padre, en vez de mandármelo a mí, debió enviarlo a un convento de Cartujos.

Pero Dios la castigó y, al encender el cigarrillo que le correspondía, se puso a toser y hubo de dejarlo en el cenicero para no reventar.

El príncipe la contemplaba compadecido, y entonces la falsa Lulú hubo de recurrir a otros medios para dejar bien sentado su mundanismo.

Se acercó a Boris, comenzó a mirarle como sólo Lulú sabía mirar y fué deslizándose la mano hasta asir la del príncipe.

Este, que desde que sintiera el contacto del cuerpo femenino, joven y pletórico, había comenzado a sudar, al notar que la seductora le

había cogido la mano, se alegró de recordar los consejos del secretario: "Si os coge una mano, besadla".

Fué un movimiento rapidísimo. La rodeó con sus brazos y le aplastó la boca en un anhelante beso.

Mimí, olvidándose de su papel, se puso en pie de un salto y replicó con un bofetón que dejó al príncipe desconcertado y perplejo.

Al oír el beso y el bofetón, el secretario quiso repetir la suerte con Isabelita y lo consiguió, pero el enfado de ésta fué momentáneo. Bastó al donjuán sacar la punta de su pañuelo de seda en demanda de paz para que la buena armonía se restableciera.

El príncipe balbuceó:

—Perdóneme... Yo no sabía...

Pero ella nada contestó. Era la primera vez que un hombre la había besado y lo que sentía era demasiado profundo y serio para olvidarlo en un segundo.

Hubo una larga pausa que el príncipe cortó sentándose al piano.

Sus manos comenzaron a deslizarse sobre el marfil, arrancando suavísimas modulaciones, fugaces melodías, interpretadas con maestría y sentimiento tales, que la condesa Mimí llegó a olvidarse del beso.

Despacio, para no distraerle, se acercó a él. Estuvo un instante escuchando y después deslizó su mano hasta sujetar una de las del pianista.

Este alzó la cabeza.

—No, no le daré otro beso aunque me coja las dos manos.

Y entonces fué Mimí la que se inclinó sobre el príncipe y le dió lo que él no quería darle.

—Le devuelvo lo que es suyo.

Fué un beso rápido, pero firme.



...replicó con un bofetón...

Boris, encendido de pasión, olvidando su timidez, se levantó, la atrajo hacia sí y comenzó a pronunciar frases de amor no aprendidas, no oídas nunca. El corazón nace maestro.

* * *

El caballero de rostro inquietante despertó y, al ver que el judío continuaba en la sala de espera, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

El interrogado recurrió a la trompetilla y dijo con sorna:

—Seguramente lo mismo que usted: esperar.

—¿A quién?—volvió a preguntar el hombre terrible cada vez de peor talante.

—A la señora Marloff. ¿A quién ha de ser?

—¡Imposible!

—¿Acaso no es esta la casa de Lulú?

—¡Esta casa es mía, pues soy yo quien la pago!

Y salió al vestíbulo dando voces:

—¡Esto es intolerable! ¡Aquí entra todo el mundo! Han tomado la casa por un cinematógrafo.

El sordo salió detrás de él.

—¡Cálmese! ¿Se ha puesto usted enfermo?

—¡Cuernos!

—Yo, no, señor.

Atraído por las voces acudió el indio.

—Señores, hagan el favor de respetar la casa ajena.

—¡Qué casa ajena ni qué zanahoria! Esta casa es mía. ¡Mía! ¿Lo oyen ustedes? ¡¡Mí-a!! Y, para que se convenzan de una vez, miren lo que hago.

Y cogió una figura que había sobre un mueble y la estrelló contra el suelo.

Después la pateó.

El estrépito hizo acudir al secretario y a Isabelita a la puerta de su refugio.

—Esto se pone feo—exclamó el secretario—. Ve a avisar a tu señora.

También acudió el príncipe a ver qué pasaba. Entreabrió la puerta y al comprobar que el escándalo era provocado por tres hombres, volvió en el acto al lado de Mimí para decirle tristemente:

—Esto no puede ser, Lulú. Me he de marchar.

—¿Por qué?

—Porque no quiero disputarles tu cariño... ¡a tres nada menos!

—No, Boris, no te vayas. Yo sólo te quiero a ti. Quédate. Huyamos juntos.

Y le abrazaba y le besaba apasionadamente.

—¿Desea algo la señora?—preguntó Isabelita desde la puerta de escape.

—Sí. El sombrero, el abrigo. Y tú coge el tuyo. ¡Vámonos, vámonos todos por la puerta de servicio!

Y allí se quedaron los tres amigos de Lulú, uno de los cuales no cesaba de decir a voz en grito:

—Esta casa es mía ¡mía! ¡¡mía!!!

Y cada vez que repetía la frase rompía una cosa.

V

Se dirigieron a Lido, la playa de moda.

Desdichadamente, los hoteles estaban llenos. Para solucionar en parte el conflicto, el secretario resolvió buscarse un alojamiento independiente, dejando que la pareja y la doncella lo buscaran en el mejor hotel.

Antes de separarse del príncipe, le hizo esta recomendación:

—Discreción, Alteza. En estos casos el incógnito es imprescindible.

Pidieron tres habitaciones, pero no había más que una de matrimonio.

—Todo se puede arreglar—dijo amablemente el del mostrador—. Ustedes toman la habitación de matrimonio. La señorita de compañía podrá acomodarse en el departamento de los chofers.

—¡Qué horror!

—¡Espantoso!

Las exclamaciones fueron simultáneas. El pudor de las dos muchachas no había sabido disimular.

El príncipe estaba un poco desconcertado. Aquellos escrúpulos en una mujer de la clase de Lulú eran incomprensibles.

—Muy bien; nos quedaremos esa habitación—dijo Boris, resuelto a que Lulú no se burlara de él.

Y dió un nombre falso y se hizo conducir a la habitación, cogiendo a Mimí del brazo y obligándola a seguirle.

Mimí hizo lo mismo con Isabel.

—No me dejes, Isabel. Esto se pone muy feo.

* * *

Lulú y Federico estaban también en Lido y en el hotel más lujoso.

No vieron pasar a Mimí, a pesar de que se hallaban en el hall, y se comprende: Lulú estaba absorta en la lectura de un periódico de modas. Federico Karlo fijaba su atención en algo más importante.

Frente a él había una hermosa dama rubia que llevaba un *pendentif* todavía más hermoso.

El *pendentif* tenía fascinado a Federico Karlo. Aquello debía de valer una millonada. Y comenzó a mirar alternativamente la joya y el rostro de la dama.

Hombre ducho en aquellas lides, en seguida halló la apetecida correspondencia y salió al vestíbulo en busca de un botones que le diera detalles sobre la dama.

—Es Lady Jackson. Tiene el cuarto 112.

Extrajo la cartera. Fué a sacar una tarjeta suya, pero salió la que el príncipe Boris envió con la *corbeille*. Mejor. Un príncipe siempre viste más que un Federico Karlo, por gentil y seductor que sea.

Entregó la tarjeta al botones y volvió a su sitio.

Vió desde allí cómo el botones se dirigía a lady Jackson y le decía algunas palabras en voz baja después de entregarle la tarjeta.

Lady Jackson le miró y dijo que sí con un imperceptible movimiento de cabeza.

Poco después se reunían en el bar. Poco después se reunían en la habitación de lady Jackson.

* * *

Mientras, en la habitación del "matrimonio" se desarrollaba una verdadera tragedia. "La princesa Oh la la" y su doncella, esto es, Mimí y su amiga Isabel, inventaban un pretexto tras otro para que la condesita no se quedara sola con el príncipe.

Fingían vaciar una maleta, y el príncipe, que paseaba desesperadamente de un lado a otro, miraba recelosamente aquella maleta, que no se acababa de vaciar nunca.

Al fin, por un espejo, descubrió el truco de la maleta *sin fondo*. Apenas volvía él la espalda, la doncella entregaba a la señora un puñado de ropa que ésta depositaba en la maleta para volverla a sacar pieza a pieza y muy lentamente.

El príncipe sonrió por no morder, y yéndose hacia la ingeniosa fámula, la cogió de un brazo y la echó de la habitación sin contemplaciones.

Mimí ni siquiera se atrevió a rechistar. Estaba horrorizada. El príncipe, con decisión y energía, se fué hacia ella y la rodeó con sus brazos. La besó una y otra vez. Estaba perdida.

Pero Isabel, siempre oportuna, llamó a la puerta para decir a los señores que estaba allí, a la puerta, y que si la necesitaban no tenían más que llamar.

—¿Necesitarla a usted?—exclamó el prínci-

pe—. ¡Usted no es necesaria más que en el infierno!

Y dió un tremendo portazo que puso en peligro las narices de Isabelita.

Otra vez quedó Mimí a merced del vehemente príncipe y otra vez la salvó el ingenio de Isabel. Por orden de ésta, un criado preguntó por teléfono a qué hora querían los señores que les despertaran.

—¡Porras!—contestó el príncipe, colgando el auricular.

* * *

Entretanto, del cuarto de lady Jackson, trémulo y descompuesto, guardándose el *pendentif* en el bolsillo, salía Federico Karlo.

Entró en su habitación. Allí estaba Lulú, en uno de sus seductores déshabillés.

Lulú advirtió la alteración de su semblante.

—¿Qué te pasa? Estás pálido, tembloroso...

—No perdamos el tiempo en explicaciones. Prepara las maletas y vámonos ahora mismo.

Lulú, que hubiera seguido a su amor hasta el fin del mundo, se apresuró a obedecer y, minutos después, salían camino de la estación.

* * *

Cuando despertó la señora Jackson y vió que a su lado no estaba el que ella creía el príncipe Boris, se llevó instintivamente la mano al pecho y advirtió la falta del *pendentif*.

Corrió al teléfono y se puso en comunicación con la administración del hotel.

—Soy lady Jackson, del cuarto número 112. ¿Sabe usted dónde está el príncipe Boris?

—Aquí no hay ningún príncipe Boris.

—Me refiero al caballero que anoche estaba conmigo en el bar.

—¡Ah, vamos! Ese caballero se ha marchado hace más de una hora.

—¿Se ha marchado?... He sido víctima de un robo: se ha llevado mi *pendentif*.

—En seguida daré cuenta a la policía.

* * *

Luchando estaba el príncipe con la resistencia de Mimí y con la intromisión de la doncella, cuando llamaron a la puerta enérgicamente.

—¡Abrid en nombre de la autoridad!

Abrió el príncipe. Eran un agente y dos gendarmes.

—¿Es usted el príncipe Boris?

El príncipe no contestó.

—Es inútil su silencio. Hemos averiguado que es usted el príncipe Boris y está usted detenido.

El príncipe creyó comprender. Se trataba de una nueva estratagema defensiva de su esquiva compañera, pero al ver que el agente estaba dispuesto a detenerle de verdad, opuso la resistencia que correspondía al honor de un príncipe.

Pero no le valieron las protestas y pasó el resto de la noche en la celda de una prisión, en compañía de un foragido que dormía a pierna suelta.

Entretanto, Mimí, afligida por el suceso y empavorecida por el cariz que habían tomado

las cosas, arregló el equipaje y se fué a la estación en compañía de Isabel para tomar el primer tren que saliera para Viena.

* * *

Al día siguiente, el secretario, enterado de lo ocurrido, armaba un escándalo mayúsculo en la Jefatura de policía.

—¡Tomar al príncipe por un ladrón de joyas! Esto no puede quedar así.

Excusas, imploraciones.

—No sabíamos que fuera el verdadero príncipe.

Cuando salió éste de la celda todos se inclinaron e iniciaron una excusa, pero él las rechazó.

Se fué directamente al teléfono y, al enterarse de que su *Lulú* se había marchado, pidió una conferencia con Viena y se puso al habla con la verdadera *Lulú*, que ya estaba en su domicilio.

Esta le mandó a paseo en pocas palabras y el príncipe, consternado, emprendió aquel mismo día el regreso a su país.

* * *

Días después su padre le anunciaba la fecha de su boda con la condesa *Mimí*.

Y esa fecha llegó.

El templo estaba regiamente engalanado. Allí se congregaba toda la aristocracia.

Llegó el príncipe acompañado de su padre. Boris estaba triste. Pensaba en su deliciosa *Lulú*.

Llegó *Mimí* acompañada también de su padre. *Mimí* estaba muy contenta, pero el espeso velo que cubría su rostro impedía saber cuál era su estado de ánimo.

Ya de rodillas ante el sacerdote, Boris no pudo menos de dirigir una última mirada al retrato que conservaba de la bella vienesa.

Este fué su error. Su amor por la adorable *Lulú* renació con todo su ímpetu y, cuando el sacerdote le preguntó si quería por esposa a la condesa *Mimí*, repuso:

—No. No puedo casarme con una mujer a la que ni siquiera conozco. Además, amo a otra.

Y, ante la estupefacción general, se dirigió a la puerta del templo.

Pero *Mimí* se descubrió el rostro y le llamó.

El príncipe quedó estupefacto. No daba crédito a sus ojos. Se acercó lentamente.

—¿Pero no es usted *Lulú*?

—No; soy *Mimí*.

—¿Entonces?...

—Ya te lo explicaré todo. Antes casémonos, que nuestros invitados esperan.

Y se casaron.

Y mientras, el secretario e Isabelita, cuya verdadera personalidad se había descubierto también, proyectaban una ceremonia semejante a la que tenía lugar en el templo.

Así lo comunicaron por teléfono a los novios cuando volvieron al palacio.

Y, si utilizaron el teléfono, fué porque los novios estaban solos y en su habitación.

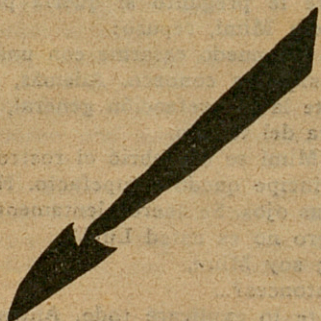
F I N

Ha sido revisada por la censura

HOY

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica



La copla andaluza

y en breve:

Los Cosacos

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Seleccionado

Su precio es de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!